

LLEGADA A LA LUNA

No nací en el satélite Luna, nací en una ciudad castellana, pequeña, fría y amurallada, de la que mis padres decidieron marcharse.

Esta ciudad pertenecía a otro satélite, próximo a la luna, pero lo suficientemente distante para parecer otro mundo.

Junto a mis padres y tres hermanos, llegué al nuevo satélite, allá por el año 1970.

El barrio para residir es elegido casi por azar.

Vivimos en un edificio nuevo, construido en un solar, junto a bloques de casas más antiguas.

Delante de nuestra nueva casa, la ciudad del satélite.

Detrás el descampado con sus cráteres.

Delante la cara aburrida de la luna.

Detrás la divertida, la buena, la lúdica, la que marca la diferencia entre infancias.

Ahora, mientras escribo, el hombre de mediana edad se da cuenta de lo valientes que fueron sus padres: cuatro hijos, una gran ciudad, arrancar de cero, dejar atrás esa bella ciudad castellana, la más bella y la más alta.

Tan sólo quiero hablaros de una infancia feliz, muy feliz. Tanto que he decidido que algunas personas cercanas y queridas por mí, la conozcan con más detalle, antes de que nuestro protagonista la deje desvanecer en el tiempo, mermando su importancia, bien por olvido, que pudiera suceder, o bien por pereza.

Los nombres de los personajes de este libro fueron reales en su momento.

Apodos mayormente utilizados por los niños del barrio, coprotagonistas de esta historia y propensos a simplificarlo todo, hasta los nombres, estrategia para llegar a la dicha por el camino más rápido o más corto.

Para ellos una persona con orejas grandes debería llamarse Dumbo, y no por su nombre y apellidos.

De igual forma, dos hermanos muy bajitos deberían atender al apelativo de «enanos». Un mudo, mudito, un obeso, gordo.

Uno con el rostro muy rojo, tomate, otro con muchos granos, Cary Grant.

Si el niño era pelirrojo y con pecas, pues el nécora.

Si se trataba de dos hermanos que siempre hacían tonterías, los Chiripitiflaúuticos.

Si tenía los ojos ligeramente achinados, pues el chino.

Si usaba gafas, pues el gafotas.

Si la niña era muy delgada, la huesos.

Casi siempre, los familiares de los niños o niñas rebautizadas en el barrio, adoptaban el seudónimo.

Rosa no era Rosa, era la hermana del chino, Jordi no era Jordi, era el hermano del gafotas. Hernest no era Hernest, era el hermano del Dumbo...

Aun hoy, cuando vuelvo al que fue mi barrio y me encuentro con alguno de estos niños ya transformado en adulto de mediana edad, nos saludamos y comenzamos a charlar como lo habríamos hecho hace treinta años:

Me encontré con el Orejas; vive cerca del gafotas. Por cierto, ¿sabes que se casó con la huesos?...

Los recuerdos de la mudanza desde la ciudad fría y amurallada hasta el gran satélite llamado Luna y también conocido como Madrid, son confusos.

Recuerdo un camión Barreiros que transportó los muebles y gente en la acera del nuevo edificio observando la llegada al barrio de nuevas personas. Un nuevo vecino era todo un acontecimiento.

Lunabanchel de Arriba, conservó durante toda mi infancia esa mezcla de ciudad con olor a pueblo o más bien pueblo con olor a ciudad. Olor a huerta, a vaquería, a cereal. Pero también olor a goma quemada, a gasoil, a alquitrán.

Este libro no es psicología, pero puede que con él salde un par de deudas: una personal y otra con mi hija.

Escribo por mí y por ella, espero que la guste leer como fue su padre y espero también que produzca el efecto que yo denomino «dar un paso adelante».

Mi infancia fue más divertida que la del manolito gafotas ese, y por cierto, es imposible que tal niño viviese en mi barrio, porque aquí, todos nos conocíamos, y por más que he preguntado, nadie sabe lo más mínimo de él.

Por eso os digo que esta es la verdadera historia de un niño de Lunabanchel de Arriba. Un niño que conoció el barrio. Lo sintió suyo, y sentir es la prueba más irrefutable de que algo fue real, al menos para ti.